

Proyecto de innovación docente :
La fiesta vigilada

Profesora : Milena Rodríguez Gutiérrez

Grupo : Alejandra Beatón Torres

Paulina Kiendys

Alice Potier

Salvador López Torralba

Parte I – Nuestro hombre en La Habana.

Parte II – Caja negra de la fiesta.

Parte III – Un paréntesis de ruinas.

Parte IV- Una visita al museo de la inteligencia.

Cuento

La Fiesta vigilada

El título de la novela *La Fiesta vigilada* se basa en una contradicción: la palabra “fiesta” que conlleva las ideas de alegría y de libertad, está calificada por el adjetivo “vigilada”, con la idea de algún poder que lo domina y que lo controla todo. De esta forma, se puede relacionar “la fiesta vigilada” con el panóptico de Foucault, debido al hecho de que mientras que el panóptico supone un vigilancia total sin el conocimiento del vigilado, la fiesta vigilada es una fiesta donde todos, en todo momento, están vigilados por el estado. Resalta mucha ironía en este título: la gente parece festejar pero, en realidad, es lo menos ocuriente.

Parte I - Nuestro hombre en La Habana

Esta primera parte se centra en varias referencias a algunos autores cubanos – y amigos del autor – y a novelas de espionaje. De hecho, el título de esta primera parte ya es muy significativo, en la medida en que se trata de una referencia directa a la novela del escritor británico Graham Greene, *Nuestro hombre en la Habana* (1958). Así que el narrador se refiere muy a menudo al personaje principal de la novela de Greene, Jim Wormold, hombre que se gana la vida vendiendo aspiradoras hasta que lo contrata el gobierno británico a trabajar en los servicios secretos. El protagonista se inventa la información por la que luego le pagan, y finalmente acaba como profesor de espía.

Más allá, se puede relacionar esta primera parte con las novelas de espionaje. Ya basta con ver como empieza la novela: los autores cubanos evocados en los primeros capítulos quedan nombrados con siglas, (“M.”, “B.”), técnica muy propia de las novelas de espionaje para ocultar la verdadera identidad de los personajes. En la novela, el protagonista menciona así a los exiliados cubanos, lo que ya una forma de contornar la vigilancia.

Entre otra referencias al espionaje, encontramos a John le Carré, mayor autor de novelas de espionaje, lo que aparece como un paralelismo con *La Habana*. En efecto, John Le Carré escribe sus novelas en la época de la Guerra Fría. En todas trasparece una imagen idílica del espionaje, mientras la realidad era muy distinta y mucho más compleja. Del mismo modo, se da una imagen idílica de *La Habana* cuando los habitantes de ese “paraíso” eran reprimidos y vivían en una constante vigilancia y en una pobreza exorbitante.

Solo aparece una referencia a la intimidad del autor, cuando nos habla de su abuela. Ésta, anciana y enferma, se fue a una casa de ancianos donde casi la domesticaron. Ella no tenía más libertad. Aparece por primera vez la palabra “vigilancia”. Otra vez, ella puede aparecer como una metonimia de la población cubana que se convirtió en una población vigilada bajo la

dictadura. Por fin, se evoca la propia relación del narrador con esa dictadura. Primero, compara su relación a Cuba con la relación de Maupassant a la torre Eiffel. Éste último, que estaba en contra de su construcción, aceptó por lo tanto acudir a su inauguración y a comer en su restaurante. Afirmó que así la prefería, porque la torre Eiffel es el único lugar de París del cual no se ve la torre. E igual se siente el narrador frente a Cuba. Además, el narrador resulta muy relacionado a su autor. Igual que él, lo echaron de la Unión de escritores y artistas de Cuba por la desconfianza de los libros que introdujo al país.

Parte II -Caja negra de la fiesta

Los episodios principales de la segunda parte del libro incluyen la ida y vuelta a Cuba de Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir en 1960 y 1961 respectivamente y su visita a una fábrica, la visita de Susan Sontag a La Habana, el encuentro entre Ernesto Guevara y los directores del documental “P.M.” en la Biblioteca Nacional y el concierto de la orquesta Aragón y los Papines en el Avery Fisher Hall del Lincoln Center en Nueva York en 1978.

El narrador juega un papel importante en la segunda parte del libro. Cuenta la situación en La Habana después del triunfo revolucionario, narra el encuentro entre Sartre, Simone de Beauvoir y Ernesto Guevara, describe los efectos del decreto presidencial que clausura “el mayor barrio de prostitución habanera” (pág. 80), relata su estancia en Porto en 1999 y termina la segunda parte con algunas reflexiones sobre los efectos de la música.

Algunos de los temas más destacados en la segunda parte del libro son el problema de la prostitución, los efectos de las cortes de electricidad, la censura, la economía y la política cubana, la libre imaginación, el “hombre nuevo”, la represión, el espionaje, la acusación, el cambio, el tiempo y el tema de la fiesta.

Hay muchas referencias a otras obras u otras figuras importantes. Por ejemplo, se mencionan los libros “Huracán sobre el azúcar” de Sartre, “Viaje a Hanoi” de Susan Sontag y “El jardín de los cerezos” de Chéjov. También se menciona el libro de Graham Greene. El autor incluye nombres de figuras importantes como Henri Schliemann, Walter Benjamin y Elias Canetti.

La narrativa incluye hechos históricos como la retirada del presidente Batista, la entrada al poder del jefe de la comandancia, la famosa carta firmada por Sartre, Beauvoir, Sontag, entre otros, que denunciaba los maltratos sufridos en Cuba por un grupo de escritores, y la reanudación de los vuelos entre Cuba y los EE.UU en 1979 que permitía a los cubanos exiliados a visitar sus

familiares en la isla. Además, se menciona lugares históricos en La Habana como El hotel HaBana Hilton, el bar Two Brothers y el Chori Club.

La narrativa de la segunda parte discurre entre finales de los años 50 y el presente. El narrador menciona dos personajes clandestinos: el escritor “C.” que cataloga los bares de La Habana y su amigo “N.” que viene a visitarle a Porto desde Madrid.

Además, incluye anécdotas como la historia de las reliquias del bar Sloppy Joe’s y la historia de cómo el narrador intentó guardarse la nariz de la estatua destrozada del viejo escritor Manuel de la Cruz. El autor dedica unos capítulos al cine y la música. El autor títulos como el documental “P.M.” de Jiménez Leas y Cabrera Infante, el filme “El Mégano” y la película “Memorias del subdesarrollo” de Tomás Gutiérrez Alea. Además narra la historia tras el documental Buena Vista Social Club dirigido por Wim Wenders.

Uno de las figuras más importantes en la segunda parte es Ernesto Guevara. El narrador describe su relación con la fotografía, sus viajes y hace un comentario sobre algunos de los problemas con su doctrina política. A pesar de su peso político e histórico, la voz del narrador añade un elemento humorístico al texto a través de la ironía. Un ejemplo del tono irónico del narrador ocurre cuando el narrador llega a la conclusión de que: “La revolución era asunto de barbas” (pág. 122), refiriéndose a las observaciones anteriormente mencionados de Sartre.

Parte III- Un paréntesis de ruinas

El título de esta parte del texto nos lleva a indagar un poco más a fondo el simbolismo del mismo. A través de las páginas se refuerza el pensar que con este título se refiere a que en algún punto se intenta dar vida en donde no existe algo. Intentan crear un paréntesis en la cruda realidad con una falsa imagen de creación que en realidad es inexistente. Durante esta parte del libro existe el debate de las ruinas de La Habana.

Se hace la referencia en el libro a Robert Harbison, donde el arquitecto menciona que: “...las ruinas constituyen un modo de mirar: tanto pesa en ellas la actitud de quienes las contemplan.” Entonces, esta parte del libro va más a fondo con la actitud habanera que las ruinas en sí. Ponte expone que las ruinas de La Habana no eran ni bonitas, ni estarían en un museo y es más, que la gente vivía en esas ruinas. Y aunque nos dan diferentes puntos de vista extranjeros en cuanto a las ruinas se refiere; si serán una belleza o una desgracia, el pensamiento local es aquello de una mórbida realidad intentada ser disfrazada.

En el capítulo 6 comienza a hablar de la reestructuración, renovación y construcción de nuevas facetas en La Habana. Se dice que La Habana vieja cesaría de ser para darle paso a una nueva Habana. Se hace el llamado a Joseph Lluís Sert, Paul Lester Wiener, entre otros, para trabajar con el plan de desarrollo urbanístico. Fue a mediados de los años sesenta donde comenzaron a enviarse órdenes ejecutivas deteniendo el progreso de las mismas. Así continuó La Habana, con esperanzas y palabras de mejoramiento, pero terminando siempre en ruinas para los habitantes, pero siempre con una maqueta, “La Maqueta de La Habana,” puesta en el oeste de la ciudad dando a relucir una Habana que nunca fue y continua sin ser.

En un contraste con todo lo antes hablado en esta parte del libro, culmina en el capítulo nueve hablando sobre la pena de muerte, cual fue una de las primeras medidas dictadas por la administración revolucionaria. Se expone como de esta manera el gobierno toma control de la población y la hace “domestica.” Esto basado en la frase citada en el libro de Vladimir Ilich Lenin, quien dijo: “Una revolución sin pelotones de fusilamiento no tiene sentido.” Dicha medida fue enmendada para agregar la autorización a confiscar propiedades bajo el cargo de delitos políticos.

Parte IV- Una visita al museo de la inteligencia

Un museo es aquel lugar en el que los hombres guardan los objetos que a lo largo de los siglos han obtenido un valor especial, un valor que no se puede medir con el dinero, o eso al menos es lo que nos dicen. Para mi grupo y para mí un museo de la inteligencia estaría formado por una estantería infinita en la que estuvieran reunidos todos los libros, todas las películas, todos los cuadros que en algún momento de la vida de una persona hubiera tenido una relevancia especial, sería un lugar de disfrute o puede que un lugar de tristeza pero no sería un lugar de vigilancia en el que la vida de las personas quedaran reducidas a un par de carpetas.

Esto es lo que precisamente le sucedió a tantas personas en la Europa del este durante los años que duro la guerra fría, tantas personas vigiladas por un panóptico que no daba tregua. Cuando cayó el muro de Berlín y coincidiendo con el fin de los grandes relatos todos estos almacenes de la inteligencia empezaron a ser destruidos, o en todo caso quedaron como museos de los delirios humanos.

A nuestro protagonista le sucede algo parecido, está sometido a una vigilancia constante por parte del gobierno cubano, sus salidas y entradas del país están totalmente controladas, totalmente controladas sus pertenencias y posiblemente aunque no se dice en el texto si se presta atención al silencio de sus hogar seguro que se hubiera escuchado el ruido sordo de los micrófonos al mejor estilo de “Persona non grata” de Jorge Edwards.

Esos grandes museos de la inteligencia han quedado reducidos a la nada informática, si algún día existieron esos museos y no se trataba de un simple juego de falso espionaje el lugar que ocupaban al menos si era real, hoy ni eso les queda a las personas vigiladas por el incansable panóptico, a esas personas solo les queda el espacio que le ofrece un pen, espacio que es compartido con miles de vidas observadas. A nuestro protagonista solo le queda la resignación que queda patente en la firma depositada en el libro de visitas.

Cuento

Los invisibles

Un día a primeros de abril el edificio se vino abajo y nos quedamos sin nada, no es que antes hubiéramos tenido algo, pero desde luego ahora teníamos incluso menos y además debíamos el derecho ineludible de agradecer a Dios que nos hubiese salvado la vida.

El pobre siempre le debe algo a alguien, la casa, la educación, la sanidad, la ropa hecha jirones, incluso las ruinas sobre las que se levantaba el hombre nuevo. Empezamos a vagar sin rumbo dando vueltas sobre la misma ruina que instantes antes nos protegían, aunque poco, de la realidad de no tener ningún lugar al que ir.

Como loco mi hermano se puso a hurgar entre las ruinas, buscando ahora lo sé, su primera edición de *Absalom absalom* firmado por Faulkner, lo único que tenía de valor, no de valor económico pues nunca lo hubiera vendido sino de valor de vida. ¿Cuántas veces lo había visto absorto con su mirada perdida entre las hojas del libro? Le había enseñado inglés nuestro padre y casi a hurtadillas mi hermano se puso a leer los libros que con escondidos detrás de la estantería nuestro progenitor guardaba con mimo.

Una tarde entró por la puerta y soltó encima de la mesa el libro de Faulkner y mi hermano casi se vuelve loco de alegría. Ahora muchos años más tarde, frente a las ruinas que antes eran nuestra casa tuve que recordar con amargura el día en que mi hermano fue más feliz.

Tuvimos que movernos, salir de allí, antes de que nosotros mismos formáramos parte de aquel horror de hierro y cemento, con un poco de suerte (ya sabíamos tanto mi hermano como yo que nunca un edificio se levantaría de nuevo) construirían un parque, a la larga toda La Habana se convertirá en un parque plagado de estatuas de Sartre y García Márquez, al final las estatuas serían las únicas que podrían habitar La Habana.

Empezamos a deambular, a buscar refugio en casa de nuestros familiares más cercanos, pero nadie nos abrió la puerta así que seguimos andando. Más tarde mi hermano me recordó que la mayoría de nuestros amigos y conocidos se habían marchado, y aquellas casas estaban habitadas por gente que no veía en nosotros más que simples muertos de hambre. Sin rumbo vagamos hasta que de nuevo vimos el montículo sin forma en que se había convertido nuestro hogar.

Entonces mi hermano habló.

-Nosotros somos los buenos hijos, los que se quedan en casa con sus padres y les cuidan del fatigoso devenir de los días y estamos con ellos hasta el final y cuando ya no están ya no sabemos qué hacer. Todos nuestros amigos se han ido, todos nuestros familiares se han ido, ya no nos queda nadie pero seguimos aquí y seguiremos aquí hasta que La Habana se venga abajo, hasta que La Habana no sea más que un montón de escombros y los pocos que quedemos comencemos a habitarla. ¿Te acuerdas del cuento de Kafka *El artista del hambre*?

-sí , era el cuento favorito de papá.

- a nosotros nos pasa algo parecido, la gente viene a La Habana a pasar una semana de ensueño en hoteles que les cobran 3000 dólares por tirarse a una hamaca mientras una mulata le trae de beber mojitos o dios sabe qué, pagan 3000 dólares por vivir una ilusión y si en algún momento nos ven a nosotros los invisibles se espantan y giran la cabeza, igual que la gente que pasaba de largo a ver a los animales y no prestaban ni una mirada al ayunador. Él era una artista del hambre, pero a él le era fácil serlo, el detestaba cuanta comida había probado, le causaba una repulsión absoluta. Nosotros en cambio somos artistas de la ruina, habitamos en el mejor de los casos edificios que pronto no existirán y cuando ni uno solo quede en pie habitaremos la propia ruina, mientras los turistas pasan delante de nuestros ojos, sin detenerse a observarnos, para ir a ver a las fieras. Pero yo detesto la ruina y aun así tengo que comérmela día tras día.

Más tarde, sentados en un banco contemplaron la hermosa Habana.